

TEMA 3.7: TRISTAN UND ISOLDE

TÍTULO: **EL AÑO DE “TRISTAN”: DEL LIBRO “LUIS II, REY DE BAVIERA”**AUTOR: *Werner Richter*

Se acercaba el momento del estreno de “Tristán e Isolda”, la mágica obra que parecía irrepresentable desde que la Ópera de Viena, tras setenta y siete ensayos, la había rechazado. También en Munich fueron necesarios 21 ensayos de orquesta, y para obtener los cantantes protagonistas, el matrimonio de Dresde, Schnorr von Carolsfeld, fueron necesarias largas maniobras diplomáticas con el Rey de Sajonia.

La atmósfera de estas semanas de primavera parecía repleta de una felicidad en la cual el joven Rey se sumergía. El día del ensayo general el Rey decretó la amnistía para todos los condenados por los actos revolucionarios del los años 1848-49, tanto para bávaros como para extranjeros, con lo cual evidentemente, quiso borrar simbólicamente las actividades de Wagner en aquellos tiempos.

El 15 de mayo debía tener lugar la representación. Todo Munich estaba expectante ante el acontecimiento, cuando súbitamente, por la tarde del día 14, se anunció con unos carteles colocados en las esquinas que el estreno se había suspendido debido a la enfermedad de la Sra. Schnorr. De inmediato fantásticos rumores se extendieron por toda la ciudad.: que la policía había suspendido la representación por miedo a un atentado, o que Wagner había sido detenido por deudas. Mucha gente se reunió en la Odeonsplatz, delante de la Residencia. A través de las ventanas pudo verse el Rey sonriendo confiado, por lo cual los rumores fueron esfumándose.

El sábado, 10 de junio de 1865, se habían superado todas las dificultades. “¡Maravilloso día! ... ¡Tristán!”, esto le escribió Luis a Wagner, “¡Con que alegría espero la noche! ¿Cuándo el día dará paso a la noche? ¿Cuándo se apagará la antorcha, cuando será noche en la casa?” Al empezar a dar las seis en las numerosas torres de las iglesias de la ciudad, el Rey entró en el gran palco central del Teatro... alto, delgado vestido con traje negro y con un aire todavía algo torpe en sus concisos saludos. Resonaron tres veces unas claras fanfarrias, redoblaron sordamente los tambores. El público se levantó, también, en su palco, el viejo Luis I, los principescos tíos, Luitpold y Adalbert, los primos Luis y Leopold y el Duque Max con su familia. Un aplauso resonó en la sala ya oscurecida, cuando apareció, ante la tenue luz de la orquesta, la esbelta y elegante figura de Bülow. Levantó la batuta mágica... por primera vez empezó a escucharse el Preludio de “Tristán”.

Pero justo en este momento se escuchó el molesto rumor que provocó la entrada de numerosos espectadores de platea y de pisos superiores que la policía había retenido por temor a protestas contra Bülow. Por encima de todo aparecieron las notas de esta deslumbrante obra, de este retoño del romanticismo alemán, de esta obra que nunca sería superada. El Rey permanecía inmóvil, firme como una roca ante la “interminable melodía” wagneriana, ante el borboteante mar de la orquesta con el significativo desenvolvimiento de una dulzura triunfal que desembocaba en una sutil aniquilación. Así se encontraba también él, quizás el último representante de la dinastía en suelo alemán, desde una nostálgica pendiente romántica hasta el abismo final de la noche.

*“El oscuro país nocturno
desde el cual la madre me alumbró.”*

Él sabía, o quizás presentía, más que nadie, su propia realidad.

En el primer acto, se produjeron entre el público suaves murmullos de desagrado, pero la pareja protagonista logró saludar dos veces ante el telón. Lo mismo sucedió en el segundo, a pesar que se hizo más patente el desagrado. En el tercer acto siguió la misma situación, pero esta vez aparecieron unos cada vez más sonoros aplausos de los que habían sido conquistados, y al final puede decirse que se llegó a un cierto triunfo. El mismo Rey aplaudía entusiasmado en su palco, finalmente Wagner apareció entre los cantantes, pálido, con chaqueta negra y pantalones y chaleco claros, con su llameante mirada algo cansada.

Años antes había dicho: "Tristán es para mí, y seguirá siéndolo, un milagro, siempre me parecerá increíble que haya llegado a hacer algo parecido".

Realmente no se trató de un éxito en toda la extensión de la palabra, y sobre todo ningún éxito de público, tampoco lo fue en las siguientes representaciones. Cuando después de la cuarta y última, Luis se dirigió en un tren especial hacia el palacio de Berg, tiró súbitamente del freno de alarma, y para calmar sus excitados nervios siguió un largo trayecto andando, envuelto en el aroma nocturno del bosque. El resto del camino lo hizo en la locomotora.

En realidad "Tristán" era para él el renacimiento del espíritu juvenil que habitaba en su interior, unas fuerzas bienhechoras que le hacían disfrutar del gozo de vivir como nunca lo había hecho anteriormente. Había alcanzado un punto álgido en su vida. Para los nacidos más tarde, que conocieron el posterior transcurso de su existencia, hasta quizás: la cumbre máxima.